

# MI ENCUENTRO CON EL

## PATRIARCA ATENÁGORAS

Juan Miguel Ganuza, S. J.

Pocas emociones han sido más intensas en mi vida que las experimentadas en aquellos supremos momentos de anteayer, 25 de julio, a las seis de la tarde, en que contemplé muy de cerca entrar firmemente agarrados de la mano en la Basílica Patriarcal de El Fanar a Pablo VI y al patriarca ecuménico Atenágoras, y más tarde los vi, también muy de cerca, abrazarse repetidas veces entre las aclamaciones, oraciones y lágrimas del inmenso público de cristianos —ortodoxos y católicos— que más que repletaban el pequeño templo.

Hubo un momento dramático en la entrada en el templo en que la muchedumbre rompió el cordón de la irreductible policía turca. El Papa, a punto de ser aplastado, miraba algo sobrecogido, pero el gran Atenágoras, con sus ochenta y dos años a cuestas, le protegió no sólo

con su gesto enérgico, sino también con su cuerpo de gigante.

Pero esta crónica va a ser más íntima. Aunque contiene un mensaje más fecundo que las de las agencias y una vivencia venezolana inolvidable. En mi última mañana, preciosa, en esta pintoresca Estambul, a las 11, en medio del ardiente sol que caía sobre minarettes y hacía del tosco empedrado de El Fanar un pavimento de fuego, acompañado del Revdo. G. Malek, sacerdote maronita libanés, entraba con emoción en la sede patriarcal.

Sencillez, humildad. No reconocía en los amplios patios soleados y desnudos en su blancura discreta del patriarcado de El Fanar el escenario ardiente de dos días antes. El palacio de Atenágoras es más bien una vieja casona remodelada conforme a las exigencias fun-

cionales de hoy. Algo parecido al arzobispado de Caracas, pero más alto y estrecho. En las distintas oficinas clérigos y laicos en trabajo febril. Además de la visita del Papa, ayer hubo reunión del sínodo del Patriarca Atenágoras y máquinas de escribir y multígrafos trabajaban febrilmente. Pocas veces habrá estado tan agitado El Fanar.

Tras unos minutos de espera estoy, lleno de emoción, ante el Patriarca, que me abraza como a un niño entre palabras sueltas y entrecortadas en español, mientras yo intento besarle la mano. No lo puedo asegurar, porque estaba turbado, pero me parece ver en su mano el anillo que le regaló Pablo VI.

No me recibe en una sala, sino en su despacho privado, como a un hermano sacerdote. Me recuerda un poco las entrevistas imborrables con el santo arzobispo Monseñor Castillo. Libros, correspondencia, en montones. Tras ellos se parapeta el patriarca. El P. Malek intenta presentarme, pero él no le deja hablar. Le brillan los ojos de alegría y exclama en su buen francés, entrecortado de español: "Ah, Caracas, Venezuela, país rico, hermoso y cristiano de América Latina..." "Amo a la Iglesia española, a la Iglesia de América Latina, a su pueblo cristiano... He estado en México varios meses y allí aprendí mucho de español... Mire, Padre, nosotros los griegos queremos mucho a la Iglesia es-

pañola y a su hija la Iglesia de América Latina. Nunca nuestra Iglesia ha tenido roces con la española como los ha tenido con la italiana, la francesa, la germánica. Siempre ha habido paz cristiana entre nosotros..."

Mientras le oigo hablar en su fluido francés y resplandeciente de bondad un rostro inolvidable de icono con sus ojillos chispeantes, curioso alrededor. Una fotografía suya con Pablo VI en el famoso abrazo de Jerusalén, autografiada por el Papa; un cuadro hermoso del padre de la Turquía moderna, Atatürk; una gran fotografía del actual presidente de la república, Cevdet Sunay; un bello icono de la Panagia (Virgen María) y tres pequeñas estatuas en bronce de la Virgen Santísima, San Pedro y San Pablo, que por lo que pude entender eran regalo de S. S. Pablo VI.

Quiero aprovechar esta única ocasión y le pregunto a bocajarro:

—¿Qué impresión tiene S. S. sobre este encuentro con el Papa?

Y me contesta con viveza:

—¿No lo pudo usted testimoniar en el Patriarcado y en la Catedral católica anteayer? Emocionante, inolvidable. ¡Ah el Papa! Ardiente y humilde como el apóstol Pablo. Yo le llamo siempre Pablo segundo. Es como él. Yo se lo he dicho a él mismo, y se ha sonreído... La mayor fuerza es el amor-caridad, que va más allá de todas las barreras y de todas las previsiones. ¿Quién habría imaginado hace unos meses la visita del Papa aquí, a este pobre patriarcado? Y esto ha sucedido gracias al gran corazón, a la gran alma, a la gran humildad de Pablo VI. ¡Cómo se parece este segundo Pablo al primero en su caridad y en su solicitud por todas las Iglesias!... El amor-caridad viene de la cruz de Cristo, en la que todos comulgamos... Siempre ha habido diferencias de opinión aun entre los apóstoles de Cristo, pero todos estaban unidos en la caridad de Cristo. La caridad-amor va más allá de todas las diferencias...

Yo tengo miedo de que se me acabe esta hora de bendición y quiero exprimirla:

—¿Cree S. S. que se realizará la unión efectiva entre los cristianos?

Me sorprende la rapidez y robustez con que responde:

—La unidad se hará, es mi convicción profunda. Nosotros no sabemos cuándo, no nos pertenece conocer la hora, como Cristo se lo dijo a los apóstoles sobre el reino del Mesías. Pero esta hora vendrá rápidamente. Sí, unidad en el mismo Cáliz, en la misma fracción del pan. Unidad en la Eucaristía. Una unidad que viene del corazón y no de las inteligencias desecadas. Por lo tanto, los teólogos tienen una gran misión en esta nueva teología de la unidad cristiana. A ellos pertenece presentar a nuestra razón el Cristo vivo, objeto de nuestra fe, mejor conocido en adelante, más comprendido y, sobre todo, más amado. Esto irá superando las diferencias siempre secundarias. A ellos les corresponde también (y tomó de entre sus libros con emoción y fuerza extraordinaria el libro de los santos Evangelios) el hacer mejor comprender el único Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo... Yo he estado trabajando siempre en este sentido de la unidad, desde antes de la guerra del catorce. En aquel tiempo era yo Obispo de Corfú y me llevé muy bien con el Obispo católico-latino, con quien salía pública y ostensiblemente para recordar la unidad profunda entre los cristianos...

En medio de la conversación pronuncio yo el nombre de católicos y ortodoxos, y él, amable, pero vivamente, me responde:

—No debemos llamarnos católicos y ortodoxos, sino cristianos occidentales y orientales.

Y continúa hablando con fervor y sencillez de la unidad cristiana:

—Hace 59 años que conseguí mi diploma teológico, pero pronto lo perdí metido como he estado en el campo del trabajo pastoral y de la administración de la Iglesia. Durante la guerra del 14-18 tuve contacto caritativo y fraternal con todos los ejércitos, pues para mí no había enemigos, sino hermanos: rusos, turcos, alemanes, franceses, americanos, italianos... Después de la guerra fui nombrado arzobispo para toda la América, que he recorrido de norte a sur. Y aun aprendí español, que luego casi he olvidado, en varios meses de estancia inolvidable en México... Admiro al pueblo cristiano de América Latina, que ha sabido conservar su fe en su amor a Cristo y a la Madre de Dios...

Casi imprudentemente le pre-

gunto en el clima fraternal que reina entre nosotros:

—Santidad, ¿cree que se cerrará la brecha abierta en la separación de 1054?

—En el origen del cisma, o separación de 1054, hubo un grave problema personal entre el cardenal Humberto, legado pontificio, y el patriarca Miguel Cerulario. No se puede en ninguna manera justificar la actitud del cardenal Humberto y la forma como promulgó la famosa bula. Pero también el patriarca Cerulario hizo mal en responder precipitadamente a la bula y a la actitud del cardenal Humberto. Hubiera hecho mejor en callarse y tener paciencia. Yo me hubiera callado y tenido paciencia. Las cosas se hubieran arreglado más fácilmente porque, por otra parte, no ha habido ruptura oficial. Y sea lo que sea, lo que hubo fue levantado el 7 de diciembre de 1965 por Pablo VI. Y no hablemos más. Miremos adelante hacia el día, que sólo Dios conoce, en que podremos comulgar en el mismo cáliz de nuevo, como antes de 1054. Porque tenemos el mismo corazón debemos trabajar en este sentido...

Y vuelve el patriarca Atenágoras con visible emoción al recuerdo fresco de estos días:

—El efecto de la visita del Papa, impresionante. Más allá de lo previsto. Ha sido la irrupción de lo divino entre nosotros. Ha sido como la Encarnación. La venida de Cristo no fue conocida sino de algunos pastores. Aquí también... Ha habido una irrupción de Dios entre nosotros. Sobre todo, en la tarde de anteayer, aquí y en la catedral latina del Espíritu Santo...

Me pide le hable de Venezuela, de Caracas, de su cardenal. Me dice que va a pedir en la sagrada liturgia por él, por los cristianos de Venezuela... Me pide la dirección del cardenal para escribirle y agradecerle la visita que yo me tomé la libertad de hacerle en su nombre. Me deja su retrato autografiado y me despide con un muy largo abrazo, silencioso, conmovedor. Como abrazaría Cristo. Salgo con los ojos llenos de lágrimas y el corazón que se me quiere salir del pecho.